



La llave poética que abre las puertas de las fronteras

Por María Julia de la Paz Herón Ruiz (Villa Mercedes, San Luis)

Conjuro

*No olvides nunca / que tienes la llave mágica / para nombrar la poesía.
Y que ella, envuelta / en el canto de estos días, / vendrá para quedarse...
Y te arrullará toda la vida.*

Yolanda Reyes



Yo tuve a alguien que me abrió la puerta para ir a jugar y que además me mostró la llave para poder abrir mis propias puertas. Puertas que me llevan a otras puertas. Dar de leer tiene que ver con eso, con ser ese “alguien” que abre puertas, que facilita llaves y que permite que la cadena de puertas, y llaves siga ad infinitum.

Recientemente viajé a Marruecos, país que activó todos mis sentidos, incluso los que creía empolvados y con telas de arañas. Allí, entre otras cosas, me llamaron la atención la cantidad de puertas, labradas, contorneadas y decoradas que había. Un paso, una puerta, otro paso, otra puerta, y así en cada pasillo de las medinas¹.

Las puertas azules, verdes, con cuidadosos trabajos de carpintería y de herrería, se prestaban para quedarse a contemplarlas, para atreverse a espiar por sus hendiduras, porque los mosaicos de los pasillos de los hammans² llamaban la atención, o porque de

¹ Barrio antiguo de la ciudad.

² Baños de vapor públicos, también conocidos como “baños turcos”.



adentro de las casitas siempre te invitaba algún aroma, a pan recién horneado, a canela, a ras el hanut³. Y al salir o al entrar de la medina, generalmente te encontrabas frente a frente con una Bab (puerta), que se imponía ante vos, por sus arcos meticulosamente trabajados. Las puertas de Marruecos me hicieron pensar en aquellas puertas abiertas para ir a jugar, a leer y a conocer mundos fantásticos y lejanos.

Mi curiosidad sobre la cultura musulmana y el pueblo bereber me llevaron a preguntar por relatos orales, por supersticiones, por personajes como los genios. No me resultó sencilla la recopilación por la intensidad propia de un viaje. Pero algo de lo que escuché, lo considero un hallazgo, un tesoro u otra llave de otra puerta.

Said, un joven guía turístico bereber, que durante su infancia junto con su familia había sido nómada del desierto, me cantó una canción de cuna. Su tono de voz y su “a-ru-ru” pausado me hizo pensar en lo cercanas que pueden ser nuestras culturas. Said consciente de la dificultad de traducir el bereber al castellano me dijo que la canción decía algo así: “¿Qué le pasa al niño? ¿Por qué llora el niño? Porque perdió la llave de la despensa en donde están guardados los dátiles”⁴. La traducción no es exacta, las palabras no sé si son las precisas, pero la ternura que me generó la letra de esta nana



³ Condimento típico en el que se mezclan variedad de especias y hierbas aromáticas.

⁴ En bereber la canción de cuna es: “Roro ya roro Mayd yaghn roro alig days roro. Tochkas tsarout irglas ouhanou khf oukous n tyni”.



traspasa fronteras lingüísticas. Esta sería otra puerta más, y otra llave que yo debía encontrar.

Entre todos los condimentos del viaje a Marruecos, conocer a la familia de Said fue de los más especiados. Dos de las mujeres de la familia, nos enseñaron al grupo que iba de visita a Ramlia, en pleno desierto seco, a cocinar cuscús; una de ellas, mientras pelaba y cortaba verduras agachada, tenía a su hijo Hassan de poquitos meses, colgado en su espalda. Y los quejidos del mismo no lo mostraban muy cómodo. Por ello, durante la tarde fue pasando de brazo en brazo de mujeres occidentales y curiosas. Curiosas de la sábana y las soguitas que le sostenían sus bracitos y huesitos del vaivén de la espalda de la mamá. Cuando me tocó el turno de alzar al bebé, sus párpados se le iban cayendo de a poco, y atiné a acunarlo y a cantarle “arroró, mi niño, arroró mi sol, arrorró pedazo de mi corazón”. Claro que no entendió lo que le cantaba, pero el lenguaje de la nana no necesitó de traducciones. Bastaron los arrullos y los movimientos. Y los ojos se cerraron. Y tal vez, dejó de llorar porque intenté “abrirle la puerta de la despensa en la que estaban los dátiles”, y quizás lo logré.

3

Al volver, y al pensar en el bordado de este número y en la poesía, me acordé de aquel “Roro”. Y me sonó a “arroró” o a “arrurú”. Buscando, llegué a que efectivamente nuestro (¿nuestro?) arroró era de origen bereber, llamado “arrau” o “arrew”. “Rur” es llorar en bereber. El “Roro” que escuché en Marruecos y el Arrorró que les cantamos a las niñas y los niños en Latinoamérica les susurran versos para que no lloren.

Los viajes nos suelen mostrar que nada es casual, que no somos tan diferentes, que no somos extranjeros y que hay puertas que simplemente debemos atravesar para encontrarnos.

